

PABLO JACOBO
EL COCINERO



El cocinero

Pablo Jacobo

*To those who complete this extraordinary act of magic, there at the
other end of the broken shackles of time.*

El cocinero

Escalante bajó la rampa con un bolso al hombro. La carpeta cifrada que había recibido en aquella ocasión era más extensa que de costumbre: los archivos acumulaban cientos de páginas. El objetivo se llamaba Ignacio Garrido, 46 años, oriundo de Nueva Rosario, sin antecedentes penales. Sin embargo, se comentaba que «el Nachito» —como se lo conocía popularmente— era quien controlaba el tráfico de sustancias sintéticas que se producían en decenas de laboratorios clandestinos distribuidos por todo el planeta, que luego se acumulaban en Nueva Rosario y más tarde se derramaban en más de diez sistemas estelares de la región. Las rutas de distribución debían forzosamente atravesar el puerto y los depósitos de la zona ribereña, pero cada vez que la policía local hacía allanamientos, no se encontraba nunca nada. Los jueces decían no tener pruebas y el gobierno regional amenazaba continuamente con una intervención, pero ésta no sucedió nunca.

Para colmo, en un giro políticamente sospechoso de los eventos, el intendente había sido recientemente destituido por el Concejo Deliberante local. Quien asumió el cargo, con el compromiso de llamar a elecciones en breve, era Mariana Garrido, la hermana de «el Nachito».

•

El informe que había recibido Escalante —junto con un generoso depósito en una de sus cuentas bancarias— incluía horarios, rutinas, la cantidad de custodios que trabajaba en cada turno. La información era demasiado detallada y precisa. Garrido tenía un topo entre sus filas, de eso no había duda. Pero, además, había copias de archivos oficiales.

O bien alguien había hackeado las bases de datos gubernamentales, o alguien con acceso —un empleado, o funcionario público— había colaborado en la elaboración del informe.

Oculto entre aquel mar de información, había un dato que, inmediatamente, lo puso en alerta: Garrido estaba buscando un chef para uno de sus emprendimientos. El anterior había desaparecido de un día para el otro y, como era habitual, la policía no tenía ningún indicio de su paradero. Esto en sí no era tan sospechoso: en aquella época, subirse a cualquier nave interestelar con rumbo a cualquier otro sistema y, virtualmente, desaparecer, era bastante común. Pero si se tenía en cuenta la fama de Garrido, no era difícil pensar en otros desenlaces menos felices para el cocinero. Ahora bien, si las sospechas eran fundadas, y el cocinero había sido quitado de en medio por alguien, había que preguntarse por quién. ¿Garrido se deshizo de su empleado porque estaba insatisfecho, o porque lo había traicionado? ¿O alguien —el autor de aquel informe— había ejecutado esa jugada como parte del plan que ahora lo involucraba al propio Escalante?

Presentarse ante Garrido con la excusa de buscar trabajo era tentador: ofrecía una forma directa y sencilla de estar, en poco tiempo, cara a cara con el objetivo. Pero, también, podía ser una trampa.

Mientras revisaba los datos y hacía estas reflexiones, se dirigió a un hospedaje cerca del puerto que se llamaba La Ribera. Lo atendía un matrimonio joven que no hacía preguntas. Pagó una semana por adelantado.

Aún indeciso, sólo por las dudas, volvió a conectarse a la red de datos y registró un diploma de Licenciado en Gastronomía en la red gubernamental y luego una matrícula a nombre de Tomás Escalante en el colegio profesional de aquella jurisdicción. Luego, elaboró un

currículum con varias referencias verificables, todas inventadas, y detrás de cada una colocó un bot capaz de responder correos electrónicos y llamadas de voz sintetizando los sonidos correspondientes.

Luego, se tomó diez minutos para aprender a cocinar.

•

El restaurante de Garrido se llamaba El Nachito y ocupaba la esquina de un edificio bajo, frente a los muelles. Tenía un par de mesas afuera que nadie usaba, sencillamente, porque la vista desde allí era horrible. Adentro, el salón amplio con piso de cemento alisado y ventiladores de techo olía a frituras y a río. Escalante fue al mediodía, se sentó en una mesa del fondo y pidió un café, el cual no tocó. Tampoco comió.

Había sólo cuatro mesas ocupadas, lo que evidenciaba que aquel comercio gastronómico era una fachada. Cerca de la puerta, una la ocupaban dos tipos corpulentos con actitud vigilante que el archivo identificaba como custodios de Garrido. En la pared del fondo, en un mensaje para nada sutil, había una foto enmarcada del Nachito estrechando la mano de su hermana en un acto oficial. Debajo de la misma, se sentaba solo un hombre de traje oscuro, que tomaba café y miraba una tableta. Al cabo de un rato, el tipo levantó la mirada, se encontró con los ojos de Escalante y sonrió. Autorizó el pago de lo que había consumido desde la terminal en su mesa, se puso de pie, y se acercó al recién llegado.

—Felicitaciones —le dijo.

Escalante sólo lo miró, inexpresivo.

—Digo, por el título de licenciado.

Sin agregar nada más, se fue.

•

Al cabo de un rato, una mujer joven y bonita se le acercó.

—¿Le puedo ofrecer algo más?

—Sí —dijo Escalante—. Estoy buscando trabajo. Soy cocinero. Quería saber si hay alguien a quien le pueda mostrar mi currículum.

La mirada de ella se endureció. Dudó un instante y luego le dijo:

—Tendrías que venir más tarde, tipo seis, que es cuando viene el dueño.

—Dale. ¿Está bueno laburar acá?

Ella miró de reojo a los tipos sentados junto a la puerta y después dijo:

—Depende. No es para cualquiera. El Nachito es bastante exigente. Escalante fingió sorprenderse.

—¿El dueño es Garrido? No sabía.

—Sí —confirmó ella.

Se quedaron un instante en silencio.

—Deben pagar bien —deslizó él.

—Sí, muy bien. De eso, olvídate. Pero...

—Sí, ya sé —la cortó él—. No es para cualquiera.

Desde la terminal en la mesa, él autorizó el pago y sumó una generosa propina.

—Gracias —dijo ella.

—Nos vemos más tarde —respondió Escalante, mientras se levantaba.

—No te tomaste el café —le dijo la mesera, con un ligero tono de alarma.

—Sí, perdón, lo pedí por costumbre, pero todavía estoy con los mates que me tomé hoy más temprano acá en la garganta.

Ella lo miró a los ojos.

—Soy Cecilia —dijo.

—Tomás —respondió él.

Se estrecharon las manos. Después, se sonrieron el uno al otro. Escalante se fue.

Ella se quedó mirando la taza llena de café.

•

El Nachito era un tipo insignificante. Bajo, calvo, con un fino bigote ridículo de mafioso de cuarta. Estaba comiendo solo en una mesa ubicada en el centro del salón. A las seis de la tarde, se estaba bajando un plato enorme de fideos con albóndigas. Escalante se detuvo a unos pasos de su mesa y se lo quedó mirando, en silencio, hasta que Garrido se fijó en él. Con un gesto le indicó que se acercara.

—¿Qué querés? —le preguntó.

—Trabajo.

Garrido asintió en silencio. Engulló otro bocado de fideos. Todavía masticando, le preguntó:

—¿Qué sabés hacer?

—Cocino.

Garrido masticó, tragó y tomó un sorbo de vino tinto.

—¿Sos bueno?

—Sí.

El Nachito se pasó la lengua por los dientes y terminó el movimiento con un chasquido de lengua.

—¿Qué te pasó? ¿Te rajaron?

—No, renuncié. No nos pusimos de acuerdo. Yo quería un aumento y me daban vueltas.

—Está muy bien —dijo Garrido, de inmediato—. Uno tiene que respetarse. No sabés la gente que yo veo arrastrándose por acá por

dos mangos. No, eso no sirve. Hay que laburar con gente que sabe lo que vale. Sentate —le ordenó.

Escalante obedeció. Garrido hizo un gesto y al instante apareció Cecilia. Ella y el Nachito intercambiaron una mirada que a Tomás no le pasó desapercibida.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Garrido lo ignoró. Dirigiéndose a Cecilia, le dijo:

—¿Es él?

Ella sólo afirmó, moviendo la cabeza. Lucía avergonzada. Garrido sonrió y, con un gesto, la dispensó. Cuando la mesera se hubo alejado unos metros, el Nachito comentó:

—Acá Ceci sospecha que sos un androide.

—Tiene razón —contestó Escalante. No tenía sentido mentir.

Garrido levantó las cejas.

—Ah, mirá vos. ¿Y qué carajo sabe un androide de cocina? ¿Tenés papilas gustativas vos? ¿Comés?

—No como, pero cocino bien. Si quiere, le preparo algo ahora mismo.

Garrido ignoró el ofrecimiento. En cambio, preguntó:

—¿Tenés dueño? —preguntó, llevándose la copa de nuevo a la boca.

—No, me emancipó la resolución del 63.

El Nachito se congeló.

—¿En serio? ¿Cuántos años tenés?

—Demasiados —respondió Escalante.

Después, se puso de pie.

—Mire, yo no vine acá a hablar de mí —dijo—. Si no le interesa darme trabajo, no tenemos nada más que hablar.

El Nachito apoyó la copa en la mesa.

—Pará, pará —pidió Garrido—. Sentate, vení. Tranquilo. Sí, no hay problema, te doy trabajo, te doy trabajo. Dos semanas a prueba, pero con el sueldo completo por convenio colectivo, ¿te parece bien? Todo en blanco. Es más, si querés, te reconozco la antigüedad de tu trabajo anterior.

Escalante se sentó.

—Me parece bien, gracias.

—¿Te puedo hacer un par de preguntas más? No sabía que los androides se ofendían.

Tomás no respondió.

—¿Cómo te llamás? O sea, originalmente. Calculo que después de tanto tiempo, no seguís usando el mismo nombre.

—Lo cambio cada tanto, ayuda a pasar desapercibido —confesó—. Por estos días, soy Tomás Escalante. Mi nombre original no tiene importancia.

Garrido se moría de curiosidad, y Escalante decidió aprovecharlo.

—Calculo que tu currículum, referencias, título, todo eso debe ser mentira.

—Sé cocinar bien. Puedo demostrártelo cuando quieras.

Garrido reflexionó unos instantes. Luego comentó:

—Siempre quise comprar... o contratar, o como sea que se diga, a uno de los tuyos para mi seguridad. Escuché que son muy buenos para esas cosas.

—Si estás sugiriendo que yo lo haga, no me interesa.

Uno de los guardaespaldas se acercó y le hizo al Nachito un gesto. Éste asintió.

—Perdón, me tengo que ir. Andá a la cocina, no más. Empezá a acomodar todo. A eso de las nueve, vuelvo para acá. Teneme lista una entraña con papas al horno.

Escalante se limitó a asentir, mientras Garrido se marchaba.

•

La cocina era grande, bien equipada, limpia. Dos pinches estaban trabajando allí, pero de manera relajada. El movimiento del restaurante era casi inexistente.

—Buen día —les dijo—. Me llamo Tomás Escalante, y vine a hacerme cargo de la cocina. Asumo que ustedes dos van a ser mis ayudantes.

Los muchachos se acercaron y se presentaron. Tomás les hizo algunas preguntas, analizó las respuestas, pidió acceso al software de gestión del local y se lo dieron. Estaba revisando el historial de las comandas de los últimos tres meses, cuando sintió la presencia de Cecilia cerca.

—Te felicito —le dijo—. Seguramente tu comentario sobre mí te sumó algunos puntos con el jefe. ¿Lo hablaste con alguien más?

—No —dijo ella, en un murmullo. Estaba avergonzada. Luego agregó: —Me dijo el Nachito que no dijera nada.

Tomás bloqueó la terminal y se giró para mirarla.

—¿Necesitás algo? —le preguntó. Su mirada era dura, fría.

Ella movió los labios. Su pulso se aceleró.

—Perdón —dijo, finalmente, con un hilo de voz. Carraspeó, se paró más derecha y repitió, con voz más firme: —Perdón. No tengo nada en contra tuyo, ni contra los de tu clase. Sé que hay gente que los odia y...

—Exacto —la interrumpió Tomás—. Hay gente que nos odia. Que nos lastima, sólo por ser como somos. No vamos por la galaxia ocultando

nuestra naturaleza por diversión, es una estrategia de supervivencia. Cada vez somos menos. Todos los días se leen noticias de algún androide que fue descubierto y destruido por algún idiota intolerante. Es un crimen avalado por la ley, que no tiene consecuencias. Para los violentos y los sádicos, es la situación ideal para sacar a relucir sus inclinaciones más oscuras.

—Sí, ya sé —dijo ella—. Te vuelvo a pedir perdón. No... no pensé en las consecuencias de lo que hice. Después de que hablé, no podía dejar de imaginarme al Nachito ensañándose con vos. Sé que es capaz de cosas así...

—Y aún así, me delataste. Sólo por no haber tomado un café. ¿Sabías que hay gente tan ignorante, tan enferma de odio, tan urgida de violencia, que no se preocupa por preguntar? ¿Que disparan, y después se fijan si tenían razón o no? Salí de mi cocina, por favor, y no vuelvas a no ser que sea por una cuestión laboral. Vos y yo no tenemos nada más que hablar.

•

Escalante tuvo lista la entraña con papas al horno a las nueve. Garrido llegó pasadas las diez. Se sentó a cenar solo —el restaurante ya estaba cerrado— sentado en su mesa habitual. Después de dos bocados, sacó el celular, escribió un mensaje, y lo guardó. Llamó a Tomás con un gesto.

—Marchá otro —le dijo.

Escalante se retiró a la cocina a hacer lo que le pedían. Cuando volvió al salón, vio a Mariana Garrido sentada enfrente de su hermano. Con un gesto, el Nachito le pidió que le sirviera el plato que acababa de preparar a ella.

La intendenta interina comió un bocado. Su cara se iluminó.

—Increíble. Lo tierna que está la carne, las papas crocantes por fuera y suaves por dentro, la condimentación... no se puede creer — comentó, mirando a su hermano. Luego agregó, mirando a Escalante: —Felicitaciones.

El Nachito se inclinó un poco para adelante y bajó la voz.

—Tiene sentido. Oí que los de su tipo hacen todo bien, porque cada cosa que aprenden, no se la olvidan, ¿entendés?

Escalante ignoró el comentario. Preguntó:

—¿Necesitan algo más? ¿Me puedo retirar?

Los hermanos Garrido intercambiaron una mirada y sonrieron.

—Te dije: además, tiene personalidad, carácter.

—Fascinante —comentó ella.

Con un gesto, Garrido lo dispensó. Escalante se fue a trabajar en la cocina mientras escuchaba, gracias al micrófono que había ocultado debajo del plato de Mariana, lo que Garrido conversaba con su hermana.

•

—El jueves se hace la apertura de sobres para la licitación de la terminal de contenedores nueva —dijo ella en un momento—. Necesito que Bustos retire su oferta antes de las cinco.

—Ya está arreglado —fue la respuesta.

—¿Estás seguro? No me deja tranquila esperar hasta último momento. ¿Podés hacer que vayan mañana temprano, a primera hora?

—Ya está arreglado —insistió Garrido, y no dijo nada más.

A la mañana siguiente, cuando Escalante se conectó de manera remota para consultar el feed de noticias locales, vio que un empresario importante, de apellido Bustos, había aparecido asesinado. La policía sospechaba que se trataba de un robo al voleo. No había imágenes de las cámaras de seguridad, ni testigos, pero Bustos tenía una herida de

bala en el pecho y habían desaparecido tanto su automóvil, como su billetera y otros objetos de valor.

•

Unas horas más tarde, Escalante salió al callejón ubicado detrás del restaurante con una bolsa de basura en la mano. Era consciente de que la mayoría de los chefs no se molestan con ese tipo de tareas mundanas, pero él había decidido liderar con el ejemplo y una de sus reglas era que la basura se sacaba afuera lo antes posible.

El tipo de traje oscuro que lo había felicitado por obtener el título de licenciado unos días antes estaba allí, fumando. Aquel día, luego de su conversación con Cecilia, Escalante había intentado una búsqueda mediante reconocimiento facial, pero ese hombre era, digitalmente, un fantasma. No aparecía en ninguna base de datos a la que él pudiera tener acceso.

—¿Ya te llegó el mail? —le preguntó.

En ese instante, su sistema le notificó que tenía un nuevo correo electrónico en una de las casillas cifradas. Decía que el contrato sobre Garrido debía ejecutarse de inmediato. Lo acompañaba una nueva transferencia bancaria.

—Sí —le respondió Escalante a aquel desconocido.

—Quiroga —dijo él, extendiéndole la mano. Escalante le dio un apretón—. ¿Podrá hacerse hoy?

—Cuanto más nos apuremos, más sucio va a ser el trabajo —dijo Tomás—, pero es posible.

—Envenenale la comida hoy a la noche y a otra cosa —sugirió el hombre.

—¿Con qué? Alguien con los recursos de Garrido puede sintetizar un antídoto en minutos. No estamos en el antiguo imperio persa. ¿Ese

era su plan? Espero que no hayan matado al cocinero anterior por esto.

Quiroga no dijo nada.

—Además —continuó Escalante—, preferiría poder seguir trabajando, lo que significa hacerlo sin testigos y sin que haya ninguna otra manera de que puedan vincular su muerte conmigo.

—Podemos ayudarte. Tenemos recursos —aseguró Quiroga—. Lo hagas como lo hagas, de esto vas a salir limpio.

—Prefiero no arriesgarme —dijo Tomás.

Quiroga tiró el cigarrillo al piso.

—Como quieras, pero hazlo hoy. Si no, se cancela el contrato.

—¿Cuál es el apuro? ¿Tiene que ver con Bustos?

—Din, din, din —dijo Quiroga, imitando una campanilla— tenemos un acierto. El Nachito se pasó de la raya. Hazlo hoy, de la forma que sea.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo arrancado de papel. Allí figuraba una dirección de email escrita a mano. Se aseguró de que Escalante la hubiera leído antes de volver a guardar el papel.

—Por si necesitás ayuda después, para salir.

—No creo que haga falta, gracias —dijo Tomás, antes de volver a entrar a la cocina por la puerta de atrás.

•

Unos minutos más tarde, inventó cualquier excusa y se retiró. Tenía poco tiempo, y mucho que planificar. A las dos cuerdas, percibió que alguien lo seguía. ¿Uno de los matones a sueldo de Garrido? ¿Lo habrían visto hablando con Quiroga? Escalante revisó, pero no encontró ninguna persona en la nómina de Garrido cuyas características físicas coincidieran con las de su persecutor. Finalmente, decidió girar

en un callejón que sabía que no iba a ninguna parte. Dio un par de pasos y se volvió. El tipo que lo seguía apareció un instante más tarde, y casi se lo lleva puesto. Era un hombre mayor. Flaco, encorvado, anteojos redondos, barba rala. Del cuello le colgaba una cadena de plata con una cruz pequeña. Al ver el símbolo religioso, Escalante hizo la conexión de manera inmediata.

Se quedaron mirándose. Por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

Aquel hombre se llamaba Facundo. Sus caminos se habían cruzado brevemente hacía mucho tiempo, cuando él visitó Nueva Rosario persiguiendo otro contrato.

—Me pareció que te había visto. Necesitaba asegurarme —dijo el viejo—. Estás igual.

Tomás no respondió.

—Ayer no me podía dormir —le contó—. Primero, no podía creer que fueras vos. Sentí que me estaba volviendo loco. Después me acordé de cómo sacabas cuentas al vuelo y todo me cerró, me convencí de que sí, de que la persona que había visto entrar al restaurante de Garrido eras vos, y no podía manejar la bronca. Quería llamar a la policía, hacer algo, pero después pensé que, si estabas trabajando para Garrido, no iba a servir de nada. Hasta que me di cuenta... Sos sólo una herramienta, ¿no? Tenés aspecto de persona, pero en definitiva no sos más que un martillo, o una licuadora. Podés servir para destruir, y también para construir. Estás frecuentando a Garrido porque alguien te mandó a ocuparte de él.

Escalante no dijo nada.

—Puedo vivir con eso. Lo que destruiste entonces era hermoso, pero no hubiera sobrevivido a los hermanos Garrido y a lo que ellos le

están haciendo a esta ciudad. Jamás pensé que justamente tu rostro me podía dar algo de esperanza.

—Si Garrido no está, va a venir otro —dijo Tomás con frialdad.

—Puede ser. Pero al menos, no se va a sentir tan impune —respondió Facundo.

—¿Tengo que preocuparme por vos? —preguntó Escalante.

Facundo suspiró.

—No, no me importa. Ojalá te ocupes de Garrido y de toda la mugre que viene con él. Ese es mi trato con vos: te dejo irte de esta ciudad impune, con tal de que la dejes un poco mejor que como la encontraste.

No esperó una respuesta, sólo dio la media vuelta y se fue.

•

Escalante volvió a La Ribera. Se sentó en el borde de la cama, se conectó a la red de datos y accedió al sistema de seguridad del restaurante. La contraseña era trivial: seis dígitos, la fecha de nacimiento de Garrido. Desde ahí, entró a las cámaras y repasó las grabaciones de las últimas tres semanas. Notó que los custodios, todos los días a eso de las once de la noche, se relajaban. Uno iba al baño, el otro a fumar a la vereda. La puerta trasera quedaba liberada. Para ese momento, Cecilia y los pinches ya se habían ido. Garrido se quedaba solo en el restaurante, apenas unos minutos, iba a tener que ser suficiente.

En segundos, escribió un script para que las cámaras se desactivaran automáticamente a las once menos cuarto de la noche y se borrarán todos los registros de los últimos tres meses, junto con las copias de seguridad y los respaldos.

Después, estudió el sistema cifrado de los Garrido. Desde la red del restaurante podía ver su arquitectura, aunque no penetrarla: cientos de

servidores distribuidos en decenas de sistemas estelares, protegidos por múltiples capas de autenticación biométrica. Para acceder necesitaba las huellas y la retina de al menos uno de los hermanos. Idealmente, de los dos.

•

Volvió al restaurante a las seis. Un rato más tarde, cocinó la cena para Garrido: vacío con papas rústicas. El Nachito llegó a las diez y comió con el apetito mecánico de siempre. Tanto Cecilia como los pinches cumplieron su turno, saludaron y se fueron.

A las once menos cuarto, se acercó a Garrido con la excusa de que había que cambiar algunos proveedores, porque la calidad de los productos no era buena. Sabía que el Nachito iba a protestar, porque su sugerencia implicaba un aumento del 30% en el gasto mensual de insumos. De reojo vio cómo los custodios se ponían de pie. Uno salió a la vereda. El otro, con paso cansino, recorrió el salón en dirección a la puerta que daba a los baños. Escalante se puso de pie, aún hablando, fingiendo que iba a la cocina a buscar algo para mostrarle al Nachito. En el instante en que el guardaespaldas cruzó la puerta, moviéndose a una velocidad inhumana, Escalante se hizo del cuchillo que Garrido había usado para cortar la carne y se lo clavó, con precisión quirúrgica, en la nuca. La muerte fue instantánea. Hizo una captura de lo que veía —a fines prácticos, indistinguible de una fotografía digital— y la envió por mail, para cerrar el contrato. Agarró, de arriba de la mesa, el celular de Garrido. Después, usando el mismo cuchillo, le arrancó al Nachito el ojo derecho y le cortó la yema del dedo índice.

Unos segundos más tarde, cuando el custodio salió del baño, se encontró con su jefe muerto y el salón vacío.

•

Corrió por las calles semidesiertas de Nueva Rosario con el paso activo pero relajado de quien sale a hacer ejercicio, para no levantar sospechas. Mientras lo hacía, comprobó que el remanente del dinero por el contrato de Garrido se le había acreditado la cuenta correspondiente de manera automática. Unos minutos más tarde, llegó a La Ribera. La mirada del dueño, que estaba detrás del mostrador, le dijo todo lo que tenía que saber.

Cuando entró a la habitación, no vio a nadie de inmediato, pero sabía que estaban ahí. Quiroga, seguro. Quizás alguien más.

La primera en aparecer fue Mariana, saliendo del recodo que daba al baño en suite. Estaba armada con un revolver magnético, un arma letal y silenciosa, pero clandestina. Después apareció Quiroga. Había estado escondido detrás del placar empotrado. Llevaba el mismo tipo de arma que su compañera.

—El ojo y el dedo —ordenó Mariana. Seguramente uno de los custodios le avisó cuando encontraron el cuerpo.

—Están escondidos —mintió Escalante. —Apenas esté en órbita, les mando un mensaje para avisarles en dónde.

—Amor, pidamos refuerzos —pidió Quiroga. Escalante encajó esa pieza en el rompecabezas mental que se había armado para tratar de entender en qué se había metido: estos dos eran pareja.

—¡Ya te dije que no! —gritó ella, sin apartar la vista de Escalante.

A lo lejos, se escuchó una explosión. Un instante más tarde, los vidrios de las ventanas temblaron.

—Mirá lo que me hiciste hacer —le dijo Mariana a Escalante.

Quiroga bajó el arma, perplejo.

—Mariana, qué carajo...

—¡Hice lo que tenía que hacer! —gritó ella. No apartaba la vista de Escalante, ni bajaba su arma. —¿Sabés qué hubiera pasado si alguien con dos gramos de cerebro encontraba a mi hermano así, sin un ojo y sin la mitad de su dedo? Archivos, cuentas, evidencias... Todo está protegido por sus marcas biométricas. Si caen en manos equivocadas, estamos fritos. No sólo vos y yo: el gobernador, la mitad del senado, jueces, fiscales, todos.

—¿Hiciste volar el restaurante? —preguntó Quiroga.

—Era la única forma de deshacerme tanto de los testigos como del cuerpo de mi hermano —dijo ella. —Cuando terminemos con esto, te contactás con tu amigo y le decís que mande sus propios peritos a decir que fue un accidente, una fuga común de gas, y listo. El restaurante está en la zona portuaria, que es jurisdicción de la gobernación. A nadie le va a resultar sospechoso que ellos se encarguen de investigarlo.

Quiroga pensó un minuto, asintió moviendo la cabeza y luego volvió a subir el arma.

—Dale —le dijo a Escalante. —El ojo y el dedo.

—No —respondió él. —Es la única carta que tengo. Y ustedes no pueden hacer otra cosa más que dejarme ir. Yo no tengo nada que perder. Ella me acaba de dejar en claro todo lo que tienen para perder ustedes.

Mariana bajó el arma y se acercó, furibunda. Lo miró un instante, llena de odio, y volvió a subir el revólver con la intención de golpearlo. Escalante no le dio tiempo: otra vez moviéndose a esa velocidad sobrehumana, la tomó del cuello, la levantó y corrió hacia Quiroga, usándola de escudo humano. Quiroga no disparó, apenas logró decir, con un hilo de voz:

—No, soltala.

Lo envistió usando el cuerpo de ella como escudo, con una fuerza brutal. El impacto lo arrojó al suelo. Al mismo tiempo, casi como si fuera un solo movimiento, Escalante pisó la cabeza de Quiroga y apretó el cuello de Mariana. Un instante más tarde, los dos estaban muertos.

El aire se empezó a llenar del sonido de las sirenas: bomberos, policías y ambulancias que se dirigían al restaurante incendiado. La tentación de aprovechar el caos para marcharse de aquel planeta era enorme, pero aún le quedaba mucho que hacer.

•

Por naturaleza, Escalante se movía con una precisión milimétrica que lo hacía extremadamente silencioso. Luego de siglos de vivir entre humanos, había aprendido que aquello solía irritar mucho a la gente, por lo que había programado subrutinas de movimientos más torpes y ruidosas para desplazarse entre ellos.

En aquel momento las anuló.

Encontró al propietario de La Ribera agazapado detrás del mostrador. Empuñaba un arma. El tipo no se percató de la presencia de Escalante hasta que no lo tuvo encima. Con un movimiento rápido y seco, el androide le quitó el arma.

—¿Cámaras? —le preguntó.

A simple vista, no había ninguna. Era una de las razones por las que había decidido alojarse allí. Pero después de que aquel tipo había dejado entrar a dos extraños armados a su habitación, su imagen del establecimiento había cambiado por completo.

El tipo señaló un cajón. Escalante lo abrió, y descubrió una tableta. La activó y de inmediato se encontró con imágenes de todos los pasillos y habitaciones. Había cámaras ocultas hasta en los baños. En aquel

sitio también se alojaban familias con hijos. Menores de edad. Escalante revisó la carpeta de archivos a donde iban a parar los videos exportados desde esa aplicación.

Sin decir nada, abrió uno de los videos, se giró y se lo mostró al dueño de La Ribera.

—Yo puedo lo explicar —empezó a decir el tipo, antes de que Escalante lo silenciara para siempre.

•

Por el momento, escondió los cuerpos en una baulera, no sin antes llevarse un par de suvenires de los restos de Mariana Garrido. De vuelta en su habitación, deshabilitó todas las protecciones biométricas asociadas con los dos hermanos Garrido de sus celulares y se conectó al sistema informático que era la base de su imperio compartido.

Lo primero que revisó fue la información operativa: rutas de distribución, laboratorios clandestinos, nombres de contactos en la policía, la justicia y el gobierno. Borró todo. No sólo los archivos activos, sino las copias de respaldo, las réplicas en servidores espejo, los fragmentos almacenados en nodos distribuidos. Escribió un virus de sobreescritura que recorrió la red entera y llenó cada sector de almacenamiento con datos aleatorios. Si alguien en algún momento quería revivir aquella estructura delictual, iba a tener que hacerlo de cero, artesanalmente, de manera lenta y dolorosa.

Lo segundo fue la red financiera: los Garrido controlaban, a través de intermediarios, diecisiete empresas de crédito que operaban en varios distritos y sistemas. Las tasas eran usurarias, los métodos de cobro eran violentos, y los deudores se contaban por millones. Escalante accedió a cada una de las bases de datos y borró todos los registros de

deudas. Cada préstamo, cada saldo pendiente, cada historial de pago. Después, borró los respaldos.

Lo tercero fueron los videos: el Nachito y su hermana habían acumulado, a lo largo de años, un archivo de material comprometedor sobre jueces, fiscales, policías, políticos y empresarios. Grabaciones de reuniones clandestinas, registros de llamadas, transferencias ilegales y otras cuestiones aún más comprometedoras. Era el instrumento de extorsión que les daba impunidad. Escalante no se preocupó por revisar a fondo el contenido: tomó todo el material, lo compiló en un archivo y lo subió a un servidor anónimo. Programó para la mañana siguiente el envío de copias del mismo a centenares de medios independientes, fiscalías, juzgados y al Senado galáctico a través de un canal de denuncias sometido a auditorías públicas en tiempo real.

Luego se desconectó, preguntándose si todo aquello habría sido suficiente.

•

La mañana lo encontró caminando por el centro con el bolso al hombro. A las siete, se enviaron las copias del archivo. A las siete y cuarto, el primer portal de noticias publicó la historia. A los pocos minutos, ya ocupaba la portada de todos los medios del sector. A las ocho, las calles de Nueva Rosario empezaron a llenarse en el inicio de lo que terminaría siendo la marcha más grande en la historia de la ciudad.

Escalante caminó entre la gente. Nadie le prestó atención. Se abrió paso lentamente entre los manifestantes rumbo a la plataforma de ascenso orbital. A la pasada vio una familia que se abrazaba y festejaban. Acababan de comprobar que lo que decían las noticias, al respecto de la desaparición de los registros de deudas de millones de cuentas, era cierto.

La voz le llegó desde atrás.

—Fuiste vos.

Se giró, sabiendo que se iba a encontrar cara a cara con Facundo. No respondió.

—El Senado galáctico autorizó la intervención de los tres poderes del gobierno regional. Van a mandar fuerzas especiales para dismantelar toda la red, no sólo acá, sino en toda la región. Están hablando de la operación anticorrupción más grande en la historia. Miles de familias liberadas del peso de unas deudas que no hubieran podido terminar de pagar nunca. Es mucho más de lo que me hubiera atrevido a soñar. Supongo que es verdad lo que dicen: que cuando los de tu clase hacen algo, lo hacen bien. De manera perfecta, podría decirse.

Escalante vio que al anciano se le llenaban los ojos de lágrimas, mientras apretaba la cruz que llevaba al cuello.

—Aún así... —dijo. —Pensé que podía dejar de odiarte. No puedo. Pero, un trato es un trato. Andá en paz.

Escalante asintió. Se dio vuelta y se metió entre la gente. Facundo se lo quedó mirando y no pudo evitar pensar que parecía uno más. Despiadado, inmortal, brutalmente efectivo en lo que hacía... e indistinguible de la multitud.

Sobre el autor



Hay, por las pampas argentinas, en una ciudad que cuelga al borde del mar, un hombre al que le encanta contar historias. Algunas son ingenuas e inocentes como los sueños de un enamorado; otras, tienen esa cualidad terrorífica que caracteriza incluso a las peores pesadillas; las más, son historias nacidas del raciocinio y el análisis objetivo de un problema narrativo concreto. Es que, como sus personajes, este hombre es a la vez muchos hombres; un reflejo acrisolado de su contexto: su familia, sus amigos que partieron hace tiempo, su ciudad con alma de pueblo y su país de alma vaga e incumplidos delirios de grandeza. De él sólo podemos decir esto: quizás el hombre no sepa cómo realizar las tareas más mundanas, o cuál es la diferencia entre un cumplido y una declaración de amor encubierta; pero, lo que sí es seguro, es que siempre tendrá por allí alguna historia nueva que contar. Es que, para él, contar historias es casi tan fácil como caminar. Casi como si, en el

intrincado e incomprensible laberinto de sus sendas mentales, ambas cosas fueran prácticamente lo mismo.

Pablo Jacobo es escritor. Nació en el año 1983, apenas unos meses antes de que Alfonsín se sentara en el sillón de Rivadavia. Es oriundo de Mar del Plata, Argentina. Ha escrito infinidad de cuentos cortos, muchos de los cuales aún esperan que los saquen de un cajón y puedan ver la luz.

Se formó como director de cine, estuvo al frente del MARFICI (el Festival Internacional de Cine Independiente de Mar del Plata) y fue Director General en la Secretaría de Cultura del Partido de General Pueyrredón.

Recientemente, su relato breve titulado «El Mate» fue seleccionado como uno de los cuentos finalistas del concurso Con Cierta Memoria 2.

Encuentra más de estas historias en rakont.com